

## PARTIDA TERMINADA

por

HARRY BUTMAN

De mala gana, Cabot movió hacia delante un peón. Su posición era realmente desesperada, y los familiares síntomas de disgusto y malestar empezaron a notarse en él. Esta era la parte mala de ser campeón del club. Tenía que jugar con todos los campeoncitos que pasaban por Boston.

El delgado jovenzuelo que se sentaba al otro lado de la mesa hizo entrar en juego al hábilmente oculto alfil.

—Jaque—anunció.

Cabot fingió estudiar el tablero. Aunque no fuese más que por la centenaria tradición del Sommers Club, uno tenía que hacer ver que se preocupaba mucho. Parecía haber algo familiar en la posición de las piezas. De pronto su interés se agudizó. Se estaban acercando al Juego de Morrison.

—Es la primera vez que he visto que las piezas se colocaran así en un juego no preparado—murmuró.

—¿Dice usted...? — inquirió su contrincante.

—Nada, nada; perdone—replicó Cabot.—Recordaba algo.

En un armario de aquella misma estancia, y en un estante, veíase una partida sin terminar. Las piezas, de hueso, estaban pegadas con barniz al tablero desde hacía un

siglo, y dispuestas de la misma manera que en el partido que Cabot y el joven jugaban con la sola diferencia de la posición del caballo blanco y el rey negro. Se contaba una historia acerca de aquella partida tan bien conservada.

El primero y más grande de los campeones del Sommers Club fué Talbot Morrison quien, durante su viaje por Europa, asombró a los maestros de ajedrez del viejo mundo con el genio de su juego.

Cuando era niño oyó la historia de los bios de uno que estuvo presente la mañana en que Talbot Morrison, por descuido, se encontró al borde del jaque mate al jugar con un novato de Salem. Tal vez no fué sólo el descuido, pues mientras Morrison estaba sentado, tabaleando con los dedos encima de la mesa, su más íntimo amigo sacó un enorme reloj de un floreado chaleco y, tocando en el hombro a Morrison, le dijo:

—Vamos a llegar tarde, Talbot.

Este se puso en pie de mala gana.

—Según las leyes del ajedrez, al abandonar el cuarto pierdo esta partida. Pero ¿queréis concederme el honor, caballero, de permitirme terminarla más tarde? Si tuviese tiempo creo que encontraría una solución.

Su contrincante sonrió ampliamente.